

## Asexualidad

La humanidad atraviesa un período en que se produce la bancarrota de la moral, en que se vive la plenitud de un sentimiento hipócrita, latiendo por debajo de la gruesa capa de convencionalismo estúpido el desenfreno del instinto.

Por más que el tejido, cada día más espeso, de las teorías de humanidad y de civilización en todas sus formas, traten de contener ese desborde, aprisionando al espíritu dentro de su ley, que es también una convención, la bestia humana triunfa y se impone con toda la fuerza del atavismo salvaje, rudo y violento, venciendo de una civilización excesivamente débil.

Por todas partes no acertamos á ver otra cosa que el derrumbamiento de las morales, en todos los sentidos en que esa palabra puede ser empleada, señalando la victoria de la despreocupación canallesca, hecha de mal entendida libertad, basándose en toda una serie de teorías cuyo fin, no buscado, es la muerte de los sentimientos dignificadores que levantan al hombre y el imperio de la inmoralidad como regla de vida.

En el reciente caso del proceso Harden-Molke, como en ese escandaloso incidente de que ha sido teatro uno de los tribunales de justicia de una provincia argentina, se ha podido notar esa decadencia de las ideas nobles y elevadas que un día constituyeron ambiente indispensable para todo



hombre de honor. No cabe en estos casos el socorrido expediente de que cada cual es dueño de hacer de su capa un sayo, en la expresión gráfica del pueblo, porque sobre los derechos propios de cada individuo, sobre la libertad amplia de cada ser humano, existe el imperioso, el ineludible derecho social que se traduce en noble respeto colectivo.

El hijo del feld-mariscal alemán que un día hizo tremolar la bandera del kaiser sobre la faz del mundo civilizado, paseándola en triunfo por las calles de la ciudad Luz, tendrá todas las prerrogativas que la ley y la conciencia pueden acordar al hombre; pero, en ningún caso, ni escudándose en herencias patronímicas, podrá tener el derecho de ser, en un pueblo civilizado, la manzana podrida que sirva de elemento mortal para la corrupción colectiva.

Cuando en un caso semejante la justicia inglesa aherrojó en una celda de la prisión de Reading al gran esteta del «Retrato de Dorian Gray», el mundo se conmovió. Oscar Wilde, cantor de Salomé, en el poema más lujurioso de la literatura moderna, tuvo en su favor circunstancias que sólo el genio podía mover. Y cuando el perdón real se negó á bajar sobre la frente del hombre, abriendo la puerta que le separaba del mundo de los honestos, había purgado su delito. El encierro, el trabajo forzado de la cárcel, la angustia aterradora de sus noches, todo su largo y enorme sufrimiento, habíalo pagado con creces. Aquella cosa, aquel número, el c. 3. 3. con que figuraba en los registros carcelarios, se había redimido por el genio. *The ballad of Reading gaol*, ese poema que algunos comparan con la *Casa de los muertos*, de Dostoiewsky, devolvióle los derechos que por una torpe regresión perdiera.

En el caso de Molke no hay nada que permita las atenuantes de perdón y confraternidad que el

genio de Oscar Wilde supo conseguir. La aberración personal tiene sus límites en el derecho social de la defensa humana. Pasada la frontera que



Venus callejera

separa el yo de la colectividad, ésta tiene el derecho y el deber de la defensa.

Infamias ocultas, llagas hondas, pústulas invisibles, ha tenido y tendrá siempre la humanidad; pretender otra cosa sería caer en el limbo de los ensueños imposibles. Regresiones infamantes ha



padecido siempre; pero, nunca como ahora, éstas han gozado de las prerrogativas de la difusión.

En el desarrollo del proceso Harden-Molke hemos tenido ocasión de ver cómo la prensa, esa gran civilizadora, disputábase las primicias del detalle, la suculencia nauseabunda de la anécdota que luego había de circular por las calles, penetrar en todas las casas y perturbar conciencias puras..., porque nos será permitido creer que todavía existen conciencias puras.

Nunca, como en el caso presente, se ha exhibido en toda su intensidad la escasa fe que merecen los grandes ideales de honor y de fe humanos. Los mismos que á diario siembran la semilla generosa de la idea, luchando bravamente por el triunfo del bien, no han podido resistir esta vez al empuje de la maldad latente, y al inclinarse ante ella han contribuido al desarrollo de los malos sentimientos que juraran defender.

Detallando las incidencias del proceso, comentando sus resultados, la prensa ha puesto su fuerza al servicio del mal, de la inmoralidad, de todas las malas pasiones encerradas en el pecho del hombre.

Algunas conciencias habrán sentido el golpe feroz de esa ola bárbara, muriendo en ellas alguno de los nobles ideales que mantenían. Algunos espíritus habrán visto evaporarse una bella ilusión, un encanto de su vida.

El comentario tan amplio, tan vergonzoso, de una miseria, no cuadra con el pretendido adelanto moral de nuestra época; deja suponer que ese adelanto no existe, permite adivinar que bajo una capa de bondades y de perfecciones la bestia humana continúa siendo la que fué, la misma salvaje de la selva primitiva...

Se han hecho frases, han brillado las ironías intelectuales en los corrillos bohemios, y el espíritu

degradado de la Grecia disoluta se ha demostrado de nuevo entre nosotros. Pero los griegos no tenían gacetas que derramaran por la ciudad y por el mundo el virus de su infamia, y el hogar—todavía puro,—y el alma—todavía inocente,—podían existir sin sentirse heridas por el irónico sarcasmo de la bestia.

Es necesario reaccionar contra esa tendencia perniciosa que permite, celebrándolo con aplauso, el comentario de las mismas costumbres disolutas que las leyes condenan y el espíritu rechaza. Tanto importa el crimen en sí mismo, como el comentario glorificador, capaz de formar ambiente donde podrán crecer y prosperar crímenes iguales. Y para el delito todo comentario es una glorificación; solamente el olvido puede tener fuerza bastante para esterilizar su acción corruptora.

Lo malo, todo lo que no tiene poder benéfico sobre la vida del hombre no debe de ser recordado por éste, ni introducido en su hogar, ni esparcido por los aires, al azar y al acaso, porque en su vitalidad asombrosa germina donde caiga, en cualquier parte donde pose, aún en aquellas almas donde toda esterilidad se haya impuesto.

Los criminalistas entienden que la pena de muerte es innecesaria, por cuanto largos siglos de práctica dicen muy alto su ineficacia ejemplarizadora. Como con la pena de muerte, pudiéramos decir que todos los castigos impuestos por el hombre al hombre no tienen valor, carecen de resultado práctico.

Con la prensa se juzgó un día que pudiera servir para remediar ciertos males de la sociedad; pero, bien pronto se vió que los resultados eran completamente opuestos. Toda publicación malsana carecía de consecuencia benéfica; no hacía más



que aumentar el ambiente favorable á su propagación, preparando en los espíritus ignorantes, cuya organización defectuosa podía impelirles hacia el mismo delito, terreno fácil para el desarrollo de éste.

Las publicaciones sobre crímenes, suicidios, atentados á la moral y á la propiedad, no han tenido más resultado que el de aumentar el número de seres débiles, de antemano vencidos, predisponiéndoles á aceptar las consecuencias fatales de un mal que ni soñado habían, al enseñarles los medios de que otros valiéronse para lograrlo.

En los delitos inmorales tiene la prensa una enorme culpa, una gran culpa. Su afán malsano de relatar hasta lo repugnante el hecho cometido, llevando á todos la funesta enseñanza que debiera de ocultarse, como todas las vergüenzas, puede notarse entre las causas proliferadoras del delito. Si cada suicidio descrito por la prensa se reproduce doblemente, lo mismo pudiera decirse de los delitos contra la moral.

En el caso reciente, de tanta resonancia, juzgado por el tribunal de Berlín, la propagación de los detalles, su difusión en los hogares, donde no se permite la entrada á las publicaciones que á la moral afectan si en apariencias de arte se envuelven, el delito cometido por la prensa es mucho mayor. Ya no se trata de un crimen personal, á saldarse con la vida ó con la libertad: es un caso de violación de conciencias, un atentado cometido contra la colectividad, realizándose al amparo de la libertad de imprenta, en el seno del hogar, lo que la ley castiga cuando se realiza en la tenebrosidad de la noche, en la calleja solitaria donde un hombre escapado de una novela picaresca realiza la trata de blancas.

Y en la moralidad amoral de nuestros días tanta es la hipocresía, tan honda la perturbación por la diaria convivencia con el delito introducida, que,

durante muchos días, tal asunto ha sido tema obligado de conversación donde quiera que tres personas se reunieran.

El mal contenido afán despertado por las publicaciones de la prensa mostrábase en la reticencia irónica, en el comentario incompleto, en la sonrisa que ponía malicias dolorosas en lo que debiera de haber sido arrojado al mayor de los desprecios.

Por este empeño de huronear en el mal, de investigar en lo corrupto, exhibiendo y mostrando lo que debiera de ser objeto de ocultamiento saludable, los hombres venideros pudieran llegar á pensar que nuestra generación carecía por entero de ideales nobles, de aspiraciones superiores. La literatura, dedicándose á la observación de las anormalidades enfermizas; la prensa, analizando y comentando lo criminal... De todo lo que escrito quedará, pretendiendo pasar á las generaciones venideras, mucho habrá que destruir para evitar el mal concepto que en una síntesis formidablemente acusadora surgiría de todo el resumen de nuestro vivir.

Existen ideales, hay esperanzas, no faltan ensueños, cosas bellas, grandiosas, dignas de inspirar á la humanidad, empujándola hacia lo alto. ¿Cómo, pues, la irrupción del mal es más poderosa que el paciente borboteo del bien, cuyo manantial carece de impetuosa oleada?

Si los que piensan, si los directores mayores y menores de la gran masa; todos, artistas, literatos, poetas, periodistas, no se disponen de una vez á detener la corriente del mal avasallador, temamos para los tiempos futuros, tiempos en que brille no la blanca estrella de la pureza espiritual que hermane á los pueblos, sino el astro rojo, terrible nuncio de catástrofes y de dolor...

Debajo de lo bello y lo grande que en la superficie de lo humano se exhibe como una floración de luz, la hipocresía mantiene la bestia fiera



del mal atávico. No á la fiera temamos, sino á la hipocresía que la retiene y favorece.

Feliz el día en que el hombre, desgarrado el velo hipócrita que bajo la forma de teorías y doctrinas tiende sobre la maldad de sus hechos, preséntese tal como es, facilitando la curación.

Mientras así no se haga, y el mal, por diluido en el ambiente sea impalpable é imposible de dominar, habrá que mantenerse en guardia contra todo lo que envuelto en hipocresía sirve para fomentar en el ambiente la maldad corruptora.

### El erotismo en el arte

La publicación de *La Altísima*, novela de Felipe Trigo, á quien una hábil combinación de la joven crítica española, pretende levantar al rango de primer novelista de nuestra lengua, pone de nuevo en evidencia la cuestión del erotismo en el arte. La literatura española está á punto de sufrir una transformación del eje del sentimiento de arte en el hombre, enveredando por el sendero de la influencia sensorial, bajo el influjo de malsanos extranjerismos.

*La Altísima*, como las demás novelas de Trigo, no es más que una yuxtaposición del procedimiento dannunziano, en lo que D'Annunzio tiene de peor, sobre el ambiente español, con la diferencia radical de que el gran poeta italiano en todas sus novelas da la sensación exacta, viva, natural, y palpitante del medio en que aquéllas desarrollan sus escenas, y Trigo deja en olvido, ó en indefinida bruma, los paisajes y los escenarios.

No sé qué secreta relación he creído adivinar entre esta última obra del nuevo escritor español y la célebre *Triunfo della morte*, notando, empero, la seguridad y firmeza de agua fuerte del ambiente en que se mueven Hipólita y Jorge, determinada-mente, exclusivamente propio de los Abruzzos, mientras este de Víctor y Adra es indeciso, pálido é inconsistente, y lo mismo pudiera ser de Madrid que de otra capital cualquiera, ó de una aldea